

OBISPO ENRIQUE ALVEAR
Buena Noticia para los pobres
Hna. Esperanza Calabuig R.S.C.J. ¹

El Entierro

El domingo 2 de mayo de 1982 todos los que estábamos en Lourdes teníamos la misma convicción: nos hallábamos enterrando a un Santo que era nuestro amigo, nuestro Pastor. Era la Pascua de don Enrique. La Iglesia de la Zona Oeste, la Iglesia de Santiago, necesitó tenerlo tres días de cuerpo presente para hacerse la idea de que había muerto. Poco a poco, en las celebraciones eucarísticas, en las largas horas pasadas junto al cuerpo inerte del obispo, fuimos comprendiendo que el paso de don Enrique de la muerte a la verdadera vida nos iba a ayudar a comprender mejor lo que fue su testimonio, su mensaje, su forma de ser Pastor y de hacer Iglesia. Su compromiso con los pobres y su defensa de los derechos humanos iban a poder adquirir toda su dimensión: fue algo del corazón de Dios lo que se hizo vida en don Enrique. Era el mismo Espíritu de Jesús quien lo animó a él y quien lo hizo trabajar incansablemente por anunciar a los pobres la *buena noticia* de que Dios nos quiere y está definitivamente de nuestra parte.

De todas formas, a pesar de que lo comprendíamos todo, llorábamos..., nos sentíamos solos. Nos habíamos acostumbrado al Pastor que va delante de sus ovejas: al Pastor que busca y descubre nuevos caminos para encontrar pastos frescos.

Vivíamos una época de mucho conflicto, donde los pobres éramos progresivamente aplastados; nuestros derechos arrebatados, las libertades, pisoteadas. Don Enrique y la Zona Oeste habíamos buscado juntos la manera de descubrir la presencia de Jesús sufriente en esta situación e intentado escuchar la Palabra de Dios que había que compartir con el pueblo. El Evangelio tenía que seguir siendo *buena noticia*, había que profundizar incansablemente en las páginas de la Biblia y descubrir cuál era la actitud que los cristianos teníamos que asumir para hacer vigentes las palabras de Jesús: “He venido para que tengan vida...”.

Por eso sentíamos la soledad: él era el que nos empujaba, nos impulsaba, el que discernía, el que acompañaba.

Poco a poco hemos comprendido que se ha quedado con nosotros que su marca quedó y que señaló un camino para seguir a Jesús hoy en Chile, en América latina.

¹ Publicado en Nr. 60, Serie Héroes de Nuestro Tiempo, Editorial Salesiana

Entre miles de personas que se apiñaban alrededor, enterramos a don Enrique en Lourdes. Allá quedó debajo de un árbol precioso, y siempre acompañado de personas que pasan a rezarle, a pedirle algún favor o a agradecerle algo que ya ha concedido.

Pero empecemos por el principio:

Niñez y Seminario

Don Enrique era el octavo hijo de una familia de once hermanos. Nació en Cauquenes de Maule el 29 de enero de 1916.

Sus primeros estudios los realizó en la escuela rural y después siguió en el Instituto de Humanidades Luis Campino de Santiago. Terminada su educación secundaria, entró a la Universidad Católica de Chile a estudiar Derecho.

Varios aspectos destacados de la infancia de Don Enrique recuerdan sus hermanos: su espíritu investigador, su sentido del humor, la ternura con su madre y también el mal genio que tenía en algunas ocasiones.

El espíritu investigador que lo acompañará toda la vida y que más tarde lo hará profundizar en la teología y la Biblia, ahora, en sus primeros años, se plasma en su gran curiosidad por todas las cosas; por eso desarma relojes, juguetes. Hace experimentos con la electricidad y es así como se arriesga un día a quemar una verruga que tenía su hermana, dejándole la consiguiente herida para el disgusto de todos.

Desde joven se siente inclinado por los misterios que hacen posible la vida: le gusta la biología y desearía estudiar medicina. Dos hermanos mayores, ya abogados, y la presión familiar le hicieron escoger esta carrera. Junto con su espíritu investigador, destacó desde pequeño por una gran capacidad de síntesis que lo hacían buen alumno, a la vez que ayudaba a otros a estudiar.

Sabía encontrarle el lado cómico a la vida; tenía un sentido del humor que le permitía contar como historia en colores las anécdotas más simples. Era dicharachero y conversador, con lo que ocultaba un carácter más bien introvertido y un espíritu que se fue haciendo progresivamente contemplativo.

Tierno y respetuoso con sus padres, creció en medio de su familia como alguien muy de ellos que desde joven asumió las responsabilidades económicas y familiares que debió imponerse. A pesar de las penurias económicas que suelen pasar los estudiantes, él se las arregló para

encontrar un trabajo, ya en 2º año de Derecho, con lo que aportaba al sustento de su casa.

Sin embargo, sus hermanos también recuerdan que a veces don Enrique tenía “malas pulgas” y sabía repartir sus coscachos que los dejaban llorando.

Hijo de una familia cristiana, aprendió en ella a acercarse a Dios. Recibió los sacramentos y a medida que crecía se iba configurando un espíritu profundamente religioso que le fue haciendo vivir de manera natural las verdades más elevadas de la fe.

Fue así como en 4º año de Derecho se siente llamado al sacerdocio. Su padre le exige que termine su carrera y don Enrique acepta muy apenado, pero insiste. Todos se dan cuenta de que la tristeza se apodera de él y de que empieza a participar menos en los momentos alegres y juveniles. Don Enrique era bueno para revolverla, un excelente bailarín y líder tanto en las cosas serias como en las fiestas.

Su madre se da cuenta de que la decisión tomada por su esposo está perjudicando a su hijo e intercede para que le sea dado el permiso de entrar al Seminario: es importante responder a Dios cuando Él llama.

Don Enrique inicia su formación sacerdotal a los veinte años en el Seminario Mayor de Santiago. Ya entonces le expuso a su madre que sentía miedo de la gran responsabilidad que suponía esa vocación; tenía el presentimiento de la Cruz que acompaña siempre al verdadero discípulo de Jesús.

En el Seminario se dedicó con gran empeño a los estudios. Sus compañeros lo recuerdan como una personalidad bastante completa: por una parte tenía gran capacidad de concentración y gusto por aprender, y por otra, una espiritualidad que se profundizaba cada vez más. Caritativo y muy fraterno con los compañeros, con los que compartía tanto los conocimientos como todo lo que poseía, era sincero en decir lo que consideraba que no debía callar, ya fuera a sus superiores o compañeros, defendiendo con vehemencia puntos de vista que le parecían indeclinables; pero, a la vez, suave y muy dúctil para llegar a acuerdos en la convivencia diaria. Tenía un espíritu muy alegre, gran sencillez para participar en las veladas de recreación, donde destacó por sus cualidades para los papeles cómicos. Tenía conocimiento de la naturaleza humana y de la cultura popular, aspectos que le dieron la fama de “aterrizado”, a pesar de su gran atractivo por lo espiritual, especialmente, por la oración.

En ese tiempo ya empezó a tener responsabilidades y la primera fue la de ser inspector de los más chicos en el Seminario Menor, a los que tenía que vigilar en tiempos de estudios o de recreo. No lo sabía hacer muy bien, pues se concentraba tanto en sus propias lecturas, que tardaba en darse cuenta de que los demás, entretanto, “la revolvían”. Se empezaban a notar en él mejores cualidades para animar que para mandar. Serían características que se acentuarían a lo largo de su vida.

Se ordenó sacerdote el 19 de septiembre de 1941.

Formador en los seminarios menor y mayor

Don Enrique se ordenó y fue destinado al Seminario. El tipo de ministerio que le tocó desempeñar en ese tiempo no era favorable para permitir abrir y recorrer caminos intransitados, audaces o relevantes. Buena parte de su sacerdocio presbiterial lo ejerció don Enrique en el Seminario Pontificio Menor en la dirección espiritual de niños y adolescentes. En esa época – los años 40-, el Seminario Menor era un colegio de perspectivas restringidas: un internado reservado exclusivamente para niños que –se suponía- deseaban ser sacerdotes. Su profesorado, el ambiente que se respiraba y las inquietudes que se promovían eran casi puramente eclesiológicos.

Allí don Enrique era el Padre Espiritual, como se decía entonces. Y, ciertamente, era un muy buen padre: los niños lo querían mucho y se confiaban a él con espontánea facilidad. La promoción de la piedad –rubro muy importante en ese colegio- la manejaba don Enrique como algo connatural con su persona y su cargo. Nadaba como en aguas propias en ciertas organizaciones específicas del Seminario Menor para favorecer más intensamente la piedad de los niños: la Congregación Mariana para los mayores y la Congregación de los Santos Ángeles Custodios para los más chicos. Atendía, también con paciente y tranquila dedicación, a un grupo de damas que se interesaban por la vocación de los seminaristas y rogaban por ellos en misas periódicas que don Enrique les celebraba. Además, era capellán de unas monjas vecinas.

En nada de esto lucía originalidades ni novedades mayores. Practicaba el “saludismo” y el “ejemplismo” que consistían en saludar amablemente a todo el mundo y en ilustrar lo más posible sus predicaciones y lecciones con “ejemplitos”, como él decía. Don Enrique daba seguridad y confianza por igual a alumnos y superiores. Sus características en el trato personal eran la afabilidad y una serena alegría que se expresaba en una casi permanente sonrisa. Era hombre de aceptación universal; todos lo apreciaban, pero no formaba grupos de “hinchas” en torno suyo. No cuestionaba ni era cuestionado por nadie. Era, ni más ni menos, lo que se esperaba entonces que fuese un buen Padre Espiritual de un Seminario

Menor. Para muchos habría sido inimaginable concebir a don Enrique, entonces o después, en otro lugar donde encajara mejor.

Más tarde, cuando don Emilio Tagle fue designado Rector del Seminario Mayor, don Enrique lo sucedió en el cargo de Padre Espiritual de este Seminario. Aquí el ambiente era de más o mayores inquietudes y los requerimientos teológicos, pastorales y de espiritualidad exigían un nivel alto en esas disciplinas a la persona encargada de la Dirección Espiritual de los futuros sacerdotes. Don Enrique respondió ampliamente a esas exigencias. Fue muy luego reconocido por los seminaristas mayores como “un varón espiritual” de asidua y profunda oración; prestigio, por lo demás, del que gozaba allí desde antes por la proximidad que entonces guardaban los Seminarios Mayor y Menor, que funcionaban en un mismo y enorme edificio.

Los comienzos del rectorado de don Emilio marcaron un vuelco muy notorio hacia una énfasis en ciertas inquietudes y actividades pastorales (“apostólicas”, se decía entonces) de los seminaristas, especialmente en el campo de la asistencia a los pobres de las “poblaciones callampas”. Don Enrique animó y secundó entusiasta y efectivamente ese nuevo impulso naciente, como también acompañó constantemente las búsquedas teológicas que respaldaran ese movimiento pastoral.

Pero siempre eran el confesionario y el cuarto de atención del Padre Espiritual los sitios y el ámbito en donde a don Enrique se le reconocía como maestro indiscutido. Su testimonio permanente como hombre de Dios que se encontraba siempre antes que nadie en la capilla al amanecer de cada día, invierno y verano, suscitaba admiración y confianza en los “dirigidos”, quienes se reconocían beneficiarios de sus consejos y orientaciones atinadas, evangélicas, criteriosas y oportunas. Un seminarista de esa época cuenta: “No me olvido de la solución precisa y justa que dio a una situación de perplejidad en la que me encontré en una oportunidad. Fue en la mañana, temprano, del día de mi ordenación de diácono. En la noche me habían venido repentinos y fortísimos dolores abdominales con sensación de gran malestar. Aquello me duró varias horas y realmente en ese estado me sería imposible levantarme para ir a la Catedral a ordenarme. Me asaltó la idea de que lo que me pasaba era un signo de la voluntad de Dios, que no quería mi ordenación. El dolor se calmó hacia las seis de la mañana y a esa hora me levanté y acudí donde Enrique. Le conté lo sucedido, y le expuse mi aprensión: ¿No deberé entender que Dios no quiere que me ordene? Me contestó con otra pregunta: ¿A qué hora se te pasó el dolor? Ahora, recién –le contesté–, a las seis de la mañana. “Ahí está la voluntad de Dios, pues –me dijo con mucha convicción–. Se te pasó el mal justo para poderte ordenar”. Me fui a la Catedral tranquilizado del todo”.

A esas condiciones de orientador espiritual, don Enrique añadía la que ya hemos dicho que le era bien propia: el buen humor. Éste no era un elemento postizo ni episódico en él, sino que, por el contrario, pertenecía a su configuración íntima y habitual, lo prodigaba continuamente con oportunidad, con picardía, sin faltar jamás a la caridad ni caer en el mal gusto. Uno sentía que el chiste gracioso o la talla precisa le salían tan refrescantes porque provenían de un interior armónico consigo mismo, de su profunda paz y de un corazón puro que respetaba y amaba. Rara vez resultaba “fome” o sin gracia y, en cambio, la mayoría de las veces, aún los más agudos y vivarachos de los muchachos tenían que andarse con cuidado al lanzarle una talla o hacerle una broma, pues la réplica no se hacía esperar y, generalmente, contenía tanta o más chispa que la que la había provocado, pero sin herir nunca al otro. Era celebrador de las gracias de los demás y no era “rogado” para aportar lo suyo cuando otros se lo pedían, aún en géneros para los cuales no tenía ninguna condición, como el canto. Muchos recuerdan hoy todavía la canción a la que menudo recurría para salir de apuros y que la había sacado de un cancionero del Seminario Menor:

*“Del pellejo de un ratónico,
se hizo una levita un gático,
liray, liray...”*

Otra fama que corría por el Seminario sobre don Enrique era bastante curiosa. Su aspecto físico, su porte exterior, su talante eran más bien desaliñados, desgarrados. Pues bien, se decía que antes de entrar en el Seminario, siendo estudiante de leyes, era todo lo contrario: muy atildado y compuesto, lo que hoy algunos llamarían un “lolo pintoso”. Si esa fama respondía a la realidad, quiere decir que una importante evolución se había operado desde el Enrique de entonces hasta el Seminario, el cual, quizás empezando en el interior de sus sentimientos e ideales, había llegado a reflejarse en su aspecto exterior, sencillo y sin afectación. Acaso era ya su capacidad de siempre y admirable: la capacidad de evolucionar.

Estos aspectos que destacaban en su ministerio como presbítero durante su período de formador en el Seminario, se transformarán también profundamente más tarde al convertirse en Obispo. Entonces el hombre espiritual que conocimos siempre, dio el enorme salto a la perfección de Pastor, hacia la santidad que fue ciertamente su meta.

Poco antes de ser nombrado Obispo, fue Vicario General de la Diócesis de Santiago, donde le tocó colaborar con la organización de la gran Misión General. Por el hecho de haber estado tanto tiempo trabajando en el Seminario, no se alejó del trabajo pastoral, sino que se mantuvo muy al

día, guiado por el afán de introducir a los futuros sacerdotes en su principal ministerio.

La introducción de la Sociología religiosa, las nuevas teorías pastorales importadas todavía de Europa, fueron puestas al servicio de la Iglesia de Santiago para una renovación que se ha ido profundizando cada vez más. Don Enrique fue buen instrumento para esa renovación ya que nunca se cerraba a aquellas cosas que pudieran aproximar más el Evangelio al corazón del hombre. Su estilo de contactos personales con sacerdotes, religiosas y laicos, daba a las reuniones de trabajo un carácter de amistad y comunidad que iba a ser el fundamento para las futuras comunidades de base.

Fue llamado a Talca como Obispo Auxiliar de don Manuel Larraín, siendo ordenado en la Basílica de Lourdes el 21 de abril de 1963. Allí mismo sería enterrado diecinueve años después. Escogió como lema: *“El Señor me envió a evangelizar a los pobres”*, el que constituyó después todo un programa de vida y trabajo.

Al ir a Talca tuvo la oportunidad de acercarse más al que fue la gran figura de esos años. Don Manuel era presidente del Consejo Latinoamericano de Obispos. Mente preclara, intelectual brillante, concebía una Iglesia inserta en los diversos pueblos y culturas. Impulsor de la justicia social, fue uno de los primeros en poner en práctica la reforma agraria. Con una perspectiva muy amplia de la Iglesia, tenía gran creatividad pastoral. Ante él, don Enrique parecía más bien tímido y retraído, con una visión más restringida; pero completó la labor pastoral del Obispo titular por su llegada a los más sencillos a los más pobres. Talca se destaca por tener gran parte de su diócesis entre los campesinos y don Enrique recorría en su “citroneta” todos los rincones. Ayudó a formar las distintas Zonas Eclesiásticas y a destacar a los laicos como responsables de hecho y derecho de las diversas instituciones.

Se dedicó también a las religiosas, quienes en ese tiempo formaron su propio Departamento Diocesano. Quizá sea bueno citar aquí el consejo que le dio a un joven sacerdote: “A las mujeres hay que quererlas mucho siempre”. Esa actitud fue clave en el futuro, cuando las mujeres, especialmente las consagradas, empezaban a compartir mucho más los trabajos pastorales de los sacerdotes. El ambiente de acogida e impulso de don Enrique animó a muchas a empezar misiones nuevas para la vida religiosa. Además, fueron muchos los institutos religiosos o seculares que le pidieron asesoramiento o retiros espirituales. Su actitud animaba a la conversión y a abrirse a situaciones nuevas.

Por los sacerdotes mostró igual preocupación. En los momentos en que los más jóvenes e inquietos reclamaban una Iglesia más comprometida, don Enrique pedía a sus compañeros de episcopado que se tomarán en serio esas posturas como un llamado del Espíritu... En el Concilio Vaticano II tuvo una ponencia a favor de la importancia y significación del Consejo de Presbiterio. Defendió siempre la responsabilidad compartida de los sacerdotes con el Obispo.

En la Conferencia Episcopal fue encargado de distintas comisiones, como la Comisión Pastoral (COP), el Departamento del Clero, la Comisión Justicia y Paz y la Catequesis; fue también miembro del Comité Permanente. Entre los obispos tenía la misma fama que en el Seminario: rezaba mucho, era sumamente afable y se renovaba continuamente en la teología y espiritualidad. Todos veían en él a una persona muy santa.

El sentido profundo de su vida

Todos los testimonios más cercanos de don Enrique han resaltado mucho esta característica esencial en él: era un hombre rezador.

Se levantaba siempre temprano, sin contar lo tarde que se hubiera acostado, sin contar con el frío o con el bienestar físico. Llegaba tarde a su casa en las noches, después de sus visitas o reuniones pastorales, pero eso no era impedimento para que dedicara también un rato a la oración. Es verdad que después le entraba sueño en las reuniones y tenía que aguantar las bromas que le hacían por su fama de dormirse en ellas. En un hombre tan activo como don Enrique es de admirar esa dedicación seria y prolongada a la reflexión y contemplación de la palabra de Dios y de los acontecimientos.

Los que han tenido oportunidad de ojear su Biblia se quedan atónitos de la cantidad de subrayados que tiene: no le quedó párrafo por saborear ni frase de la que don Enrique no arrancase su sentido. Los libros de teología no sólo los leía, sino que los rezaba, reflexionaba, asimilaba.

Y lo mismo que hacía con la Palabra de Dios escrita lo hacía con la palabra viva de los acontecimientos. Igual que Jesús en su oración de vigilia, en que preparaba su misión evangelizadora (desierto) o su pasión (Huerto de los Olivos), don Enrique preparaba junto al Señor sus visitas pastorales, sus conversaciones trascendentales, sus decisiones importantes.

Sabía que su cometido pastoral no era cosa suya, sino que era recibida de Jesús y de Él tenía que recibir, por tanto, el discernimiento, la luz y la fuerza para hacerlo todo según su voluntad.

Se sabía profundamente amado por el Padre Dios y ésa era la fuente de la alegría y libertad que su personalidad traslucía. De ahí venía su compenetración con el Hijo por excelencia, Jesucristo, el que recibe todo el amor y que también lo entrega.

En efecto, don Enrique recibía con gratitud el amor del Padre y, a la vez, lo amaba apasionadamente con sus sentimientos y su voluntad. Eso hacía que participara de las mismas entrañas de misericordia, paciencia, esperanza y confianza que tenía Jesús y de una inclinación y predilección por los más débiles. No era casualidad que a todos llamara por su nombre, escuchara atentamente y socorriera en sus necesidades. No hacía más que tratar a los otros como sentía que Dios lo trababa a él.

Y no solo vivió como hijo de Dios, confiando y feliz, sino que cuando llegó su muerte se dio de él el mismo testimonio: “Sentí que moría como Hijo, porque me admiré de la serenidad con que aceptó la enfermedad y la muerte. Era un Hijo que volvía a su Padre. Sus últimas palabras de mensaje a los cristianos: ‘Nos encontraremos en lo profundo de Dios’ también lo demuestran”.²

Y esa misma filiación de Dios Padre es lo que lo hacía sentirse hermano de todos, profundamente hermano. Sus habituales despedidas en las cartas o notas en los libros: “Tu amigo y hermano, Enrique”, no eran sólo palabras, sino una actitud sincera.

Don Enrique decía que Dios hace la experiencia humana en Cristo hombre: es el misterio de la encarnación. Así Dios hace en Cristo la experiencia de la debilidad humana, pues habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados: “En efecto, Dios, autor de todo y del que provienen todas las cosas, quería llevar a la gloria un gran número de hijos. Con miras a esto, le pareció bien hacer perfecto por medio del sufrimiento al Jefe y Salvador de todos ellos” (Hebr. 2,10). “Nuestro Sumo Sacerdote no queda indiferente ante nuestras debilidades, por haber sido sometido a las mismas pruebas que nosotros, a excepción del pecado” (Hebr. 4.15).

Cristo experimenta la incertidumbre y, por tanto, tiene que orar consultándole al Padre qué hacer, cómo hacer para estar plenamente en su voluntad. Experimenta también la tentación de salvar a los hombres no por la muerte y la resurrección sino ejerciendo el poder, la dominación, como lo hacen los reyes temporales. Esta tentación va a lo profundo, dice don Enrique, va a la raíz misma de la misión de Jesús, ya que Él al

² Testimonio de Bernardita Prieto, r.s.c.j. En Enrique Alvear, Obispo de los pobres, Primera Semana Teológica Obispo Enrique Alvear. Ponencias-Testimonios. Fundación Obispo Enrique Alvear Urrutia., pág. 45.

encarnarse, quiere hacerse hombre y meterse en la historia del hombre, quiere experimentarla en su propia carne, en su propia vida...; no va a salvar al hombre desde afuera, sino entrando en lo profundo de su vida.

Éste era el sentido que don Enrique tenía de cómo Jesús era hermano de nosotros, no como un simple título, sino en lo que significa vivir desde la profundidad de la vida con sus gozos y sufrimientos. Por eso lo veremos siempre compartiendo los dolores más duros; con los familiares de los detenidos-desaparecidos, con los sin casa, con los hambrientos; y también las alegrías más sencillas; en fiestas, convivencias o por la libertad de algún detenido. Lo veremos con la sola autoridad que le prestaba su compromiso evangélico, sin el poder del dinero o de la influencia.

Cuando le tocó la parte más dolorosa de su enfermedad, les decía a los fieles de la zona:

“Queridos hermanos:

“¿A qué hemos venido en esta Octava de Pascua a este Santuario de nuestra Señora de Lourdes?

“No tan sólo a expresar el amor a nuestra Madre. Junto con ella, somos la Iglesia de Cristo Solidario convocada por su Pastor. Queremos expresar e iniciar juntos, como Iglesia, esta gran Jornada del año '82. Que la imagen de Cristo Solidario con todo el hombre y con todos los hombres, aparezca clara y nítida con toda la vida y la acción de la Iglesia.

“La Solidaridad de Jesús es con el hombre en toda su profundidad, con su pobre condición humana, terriblemente dañada y, a veces, destruida por el pecado personal o social. Es solidaridad con su muerte, que hizo suya, para poderla destruir con la victoria de la Resurrección. Es solidaridad con los caminos de presiones, injusticias y mentiras, para que su Pascua los transforme en el camino de vida y de liberación... Porque el hombre no está llamado a ser siervo, esclavo, siempre sujeto a la dominación de otros, sino que es el Hijo de Dios y, por tanto, el hermano elegido para ser Señor con Cristo, a fin de transformar la historia y la sociedad entera en el Reinado de Dios”.

(Mensaje a toda la Zona Oeste con ocasión de la Apertura del Año Pastoral el 18 de abril de 1982).

Esta fe en la encarnación, en la vida, muerte y resurrección de Jesús fue lo que le dio una esperanza invencible en que el Reino de Dios es una

realidad y ya está presente como semilla en tantas situaciones donde se juega día a día el amor.

Y otro aspecto que profundizó don Enrique en Jesús y que era clave en su misión pastoral y en su vida personal, era considerar a Jesús como Señor de la Historia y que nos hace a los seres humanos destinados a ser con Él, Señores de la Historia.

Tenía claro que la Tierra había sido puesta en las manos del hombre para que le sirviera, para su desarrollo y felicidad. Que la comunidad humana tenía la autonomía y libertad para labrarse una historia y un destino dignos de los Hijos de Dios. También sabía de la presencia del pecado, que impide que el mundo sea un paraíso y lo convierte en un valle de lágrimas. Pero don Enrique no se lamentaba de eso, sino que nos estimulaba continuamente para que los cristianos, trabajáramos por mejorar esta sociedad, ¡qué no nos podíamos quedar impasibles mientras las fuerzas del mal hacían estragos!

En una de las homilias, resumía su pensamiento:

“... Y nosotros creemos, y la Iglesia cree en el hombre, no solamente por razones históricas, no solamente por razones que dan las ciencias humanas; para nosotros hay una razón muy profunda y que es la definitiva, junto a las otras razones; porque el hombre es la imagen de Dios, porque Dios cree en el hombre, porque Dios le encomendó al hombre hacer su historia, porque Dios le encomendó al hombre crear esta historia e ir la creando día a día. Dios le encomendó al hombre llenar la Tierra, poblarla, organizar las naciones, organizar la convivencia humana; Dios le encomendó al hombre hacer historia, crear historia y dar respuesta a los problemas de la historia. Dios le encomendó esa responsabilidad al hombre, porque cree en el hombre, aunque el hombre es débil, aunque el hombre sea pecador, su libertad humana no está destruida, ¡vive!, está herida y por eso vino Cristo a reparar la herida de la libertad, pero la libertad no está destruida como para decir no se puede confiar en el hombre; creamos un absurdo muy grande si alguien nos dice que hay que desconfiar en el hombre”.³

Por eso, la espiritualidad de don Enrique era una mística viva que lo hacía confiar profundamente en Dios Padre y en los hombres, sus hermanos.

La celebración de la Eucaristía también era un momento cumbre en su vida. Los días laborables lo celebraba generalmente con Comunidades Religiosas que lo invitaban a compartir con ellas. Otras veces junto a las

² **El Señor Me envió a Evangelizar a los Pobres.** Ed. Vicaria de la Solidaridad, Col. Educadores para la Justicia N° 2, 1983, págs. 184-185.

Comunidades Cristianas en las visitas pastorales. Los domingos se le podía escuchar muchas veces en la Misa de Lourdes que se transmitía por la radio.

Su unción, la penetración de los misterios que celebraba, hacían que la concurrencia participara plenamente.

No hay sacerdote que haya concelebrado con él que no se recuerde de las palabras que decía después de la consagración: “Jesús, sabemos que estás aquí presente, amándonos, aunque no te vemos”.

Obispo de San Felipe

Entrar en San Felipe, a principio de verano, es un regalo para la vista e inmediatamente invaden una extraña paz y bienestar.

Pequeña ciudad, tranquila, situada al noroeste de Santiago, con vegetación exuberante, al entrar en ella uno olvida inmediatamente que es la ciudad de los terremotos. En efecto, innumerables movimientos de tierra han tenido su epicentro en las cercanías. Las fechas, los acontecimientos de la ciudad siempre se citan con relación al terremoto: “poco antes del terremoto del ’71... Después del terremoto...”.

Allí llegué yo buscando la huella de don Enrique y de su misión pastoral, que duró casi diez años, desde 1965 hasta 1974. Corrían los años del Concilio Vaticano II y don Enrique llegó a San Felipe con todo el entusiasmo y la vitalidad del que ha participado en una de las más grandes aventuras de la historia de la Iglesia cristiana. El Vaticano II –el sueño de Juan XXIII hecho realidad- puso a la Iglesia Universal en camino hacia el corazón del hombre, hacia el corazón de las culturas, con el firme convencimiento de que el pueblo de Dios poseía el Espíritu de Jesús y que, por lo tanto, el mundo era esencialmente bueno y no malo; que la Biblia era el libro de los cristianos; que la Liturgia era cosa de los hombres y no de ángeles y que, por tanto, podíamos celebrar en ella, junto al misterio de Jesús, nuestras esperanzas y dolores. La santidad era ya accesible a todos y no propiedad de conventos o sacristías.

El mensaje evangélico volvía a ser la semilla que se reparte generosa y gratuitamente, no importa en qué tierra. En una palabra, la rigidez acumulada por siglos en el rostro de la Iglesia dio paso a una cara de joven lozana que sabe ponerse en camino al encuentro del novio. (Cf. Ef. 5,26-27).

Llegar a una nueva diócesis en ese momento fue una gracia para don Enrique y para San Felipe. Encontró todo tranquilo y en orden, pero faltaba vida.

El sacerdote y las catequistas con los que me entrevisto, con las miradas perdidas hacia el pasado, confiesan que la llegada de don Enrique fue una revolución para la Iglesia de San Felipe.

Empezando, no era un Obispo de oficina, sino de visitas: nadie estaba acostumbrado a tener a un Obispo tan cerca. Poco a poco fueron descubriendo en él un verdadero pastor que llegaba a las personas y desde ellas organizaba las pastorales.

Los sacerdotes fueron los privilegiados de don Enrique: entre ellos tenía sus amigos, con ellos trabajaba y los seguía, los formaba, los acompañaba. Poco a poco fueron naciendo todas las catequesis; se renovó la liturgia y convocó a un Sínodo Diocesano, donde fueron llevados a conversación y discusión de los cristianos la realidad de la Diócesis y las respuestas pastorales que exigía.

Su gran empeño fue reorganizar las parroquias en base a pequeñas comunidades, como pedía el Concilio y, más tarde, Medellín. Eso traía consigo la renovación y adaptación de los sacerdotes y religiosas que trabajaban en pastoral.

El mismo renovó las estructuras del Obispado, sabiendo y proclamando que “el Obispo completo es el Obispo con todo su presbiterio, y yo estoy convencido de que es así”, y trató de impulsar los cambios con un alto grado de participación de los Ministerios, como él llamaba a los sacerdotes, religiosas y laicos.

Ya en San Felipe empieza a expresar la misión de la Iglesia dentro de la historia. Quería una pastoral con visión histórica:

“El Pastor con visión pastoral tendrá siempre la preocupación de evitar las comunidades cristianas cerradas sobre sí mismas.

“Podemos hacer una Iglesia paralela al mundo y ajena a la marcha de la historia.

“Esto ocurre especialmente cuando el pastor se centra en una catequesis y en una liturgia sin ventanas al mundo.

“Frecuentemente hemos comprobado, durante este último tiempo, que existen una serie de organizaciones temporales (sindicatos, asentamientos, Juntas de Vecinos, Centros de Madres, Liceos Fiscales, etc.) y otra serie de organizaciones eclesiales que no tienen en cuenta a aquellas. Por ejemplo,

hay mamás catequistas sin relación con los Centros de Madres; hay comunidades cristianas sin relación con las Juntas de Vecinos, etc.

“El cambio social nos obliga a estar muy comprometidos, particularmente con los cristianos que participan en los centros más dinámicos del cambio.

“Esos cristianos necesitan mucha comprensión de parte nuestra y toda la asistencia doctrinal y espiritual que les permita actuar con mayor sentido cristiano.

“Por otra parte, el Concilio Vaticano II, el Congreso de Medellín y otros documentos del Episcopado Nacional nos comprometen a interesarnos a promover y a participar en diversas formas en los cambios socio-económicos. Se trata de cumplir el gran mandamiento del amor con toda su dimensión social.” (Carta al Presbiterio de San Felipe, noviembre 1970.)

Después, en Santiago, don Enrique tendrá oportunidad de profundizar en esta línea de que el cristiano tiene que ser transformador de la historia.

No todos compartieron el espíritu que animaba a este Pastor y el temor a ser desinstalado de las propias posiciones, cerró a algunos a la renovación que ofrecía ese momento de gracia. Fue así como la ciudad de Los Andes, perteneciente también a la Diócesis, no se integró a la celebración del Sínodo. Pero el gran respeto por las personas que caracterizó siempre a monseñor Alvear, hizo que él no presionara a nadie para dar los pasos que exigía el momento, aunque, en varios de sus escritos de ese tiempo se puede leer la súplica encarecida de que todos se integraran a la Pastoral de Conjunto. Quizás debido a eso, un anciano sacerdote decía de esos años de don Enrique que tenía una caridad incomprensible que se salía de los moldes.

La sencillez del Pastor lo hizo abandonar el edificio del Obispado para ir a instalarse a una casa mucho más humilde en los límites del centro de la ciudad. Allí compartió siempre su vivienda con otros sacerdotes. Dos religiosas que se encargaban un poco del cuidado de sus cosas personales, siguen impresionadas por la pobreza, el compartir y el desapego del poder que tenía el Obispo: “Iba vestido de cesante a sentarse junto a las autoridades. Pero era inútil procurarle más o mejor ropa, siempre la reglaba a otro que necesitara más”. Recuerdan también lo accesible y comunicativo que era en su vida cotidiana y cómo sufría cuando la ingratitud o la indiferencia eran la respuesta que recibía de sus hermanos a cambio de su trato directo y afable.

Esos fueron los años de las grandes crisis sacerdotales: le tocó ayudar y acompañar a varios hermanos que se replantearon su vocación en la Iglesia y en el mundo y abandonaron el sacerdocio. Su corazón sufría, pero su lealtad y caridad fueron brindadas a quien las necesitó para tomar decisiones tan importantes.

En 1969 volvió a enfermarse del pulmón y tuvo que retirarse a San José de Maipo para su recuperación. Desde ahí seguía a su diócesis, rezaba por ella y mantenía continua correspondencia con el Consejo de Presbiterio (representante de los sacerdotes).

Al poco tiempo fue nombrado Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de Santiago.

La Zona Oeste

Don Enrique llegó a Santiago como Obispo Auxiliar de monseñor Raúl Silva Henríquez, y después de encargarse un tiempo de la Zona Oriente, fue designado Vicario de la Zona Oeste. Era el año 1974.

La Zona Oeste es una de las zonas más populares de Santiago y abarca muchas poblaciones marginales. Las comunas de Quinta Normal, Pudahuel, Maipú y Santiago habían tenido un protagonismo importante en tiempo de la Unidad Popular y, por lo tanto, sufrieron la persecución política en mayor proporción durante el régimen militar. El empobrecimiento progresivo comenzaba a ser una realidad muy dolorosa y un gran desafío para el corazón de Pastor que poseía don Enrique.

Tampoco era fácil suceder a don Fernando Ariztía, que había sido un Obispo cercano y querido por todos. Gran defensor de los derechos humanos, don Fernando había sabido estar a la altura de las circunstancias después del golpe de estado del año '73. El cardenal Raúl Silva Henríquez lo puso al frente del Comité Pro Paz, órgano creado por varias Iglesias, desde el cual se preocupó de defender la vida de los perseguidos políticos. Así, pues, don Enrique llegó a una Zona donde ya sabían lo que era tener un Pastor preocupado de los más pobres, lo que constituyó una mayor exigencia para él.

Como Pastor “en terreno”, lo primero que hizo fue tratar de conocer a su grey. Así, la primera actividad a la que se dedicó fue a visitar a más de un centenar de comunidades repartidas en todas las poblaciones. Conversaciones, reuniones pastorales, liturgias y confirmaciones fueron la oportunidad para conocer muchas personas, e incluso aprenderse muchos nombres, que trataría de no olvidar más.

Era siempre pedagógico en sus homilias o catequesis. Partía de la vida y la iluminaba con el Evangelio. Los hechos y palabras de Jesús cobraban en sus labios una actualidad insospechada. Resultaba entretenido escucharle y siempre se sacaba enseñanza.

Puso mucho interés en la renovación de los métodos de catequesis y para recibir la confirmación exigía a los jóvenes un cierto grado de madurez y compromiso. A ellos se dirigió en muchas ocasiones proponiéndoles los ideales evangélicos, mostrándoles la fuerza que encerraban y el impulso que debían sacar de ellos para transformar la sociedad. Sabía que hablaba a un mundo joven, postergado de oportunidades para estudiar o trabajar, pero solicitado y asediado por el consumo superficial, la droga o la violencia. El Obispo siempre les proponía buscar caminos pacíficos, pero activos, para conseguir una sociedad más justa.

En sus recorridos por la Zona, en las conversaciones con los Agentes de Pastoral, don Enrique fue tomando contacto con un submundo de pobreza, hambre, desnutrición y enfermedades mal curadas. Sensible y muy próximo de todo lo humano, se fue conmoviendo hasta lo profundo. Sintió que todos esos problemas eran suyos, porque eran de su pueblo; eran suyos porque era el mismo Señor el que sufría en ellos. La pasión por Jesucristo, que tuvo siempre, lo hizo ahora volcarse en una tarea solidaria con los más necesitados.

Inspirado en el texto de Filipenses: “Él, que era de condición divina, no se aferró celoso a su igualdad con Dios, sino que se rebajó a sí mismo hasta no ser nada, tomando la condición de esclavo” (Filp. 2,7), fue dándose cuenta de que había muchas situaciones humanas ante las que la Iglesia no podía permanecer impasible, sino que tenía que hacerse solidaria como se hizo Jesús con nosotros.

Eran unos años donde fuimos víctimas de una campaña que pretendía tergiversar los valores. Así, se presentaban como buenos el individualismo, el egoísmo, la absoluta pasividad en el terreno social y político. La tortura, la persecución o el exilio eran tenidos como normales. Las fuerzas de seguridad se llevaban a las personas y nunca más se sabía de ellas. Los medios de comunicación estaban acallados y los pobres fueron perdiendo más y más su poder adquisitivo, su derecho a expresarse, a disentir, a comer y a organizarse.

En otros tiempos, don Enrique aprendió de los sufrimientos de la clase trabajadora, pero ahora asistía a una época en que era sistemáticamente aplastada y sus organizaciones desmanteladas. Atento a estas realidades, rezando siempre como rezaba, fue descubriendo la forma de solidaridad que exigían los tiempos. Su espíritu contemplativo se profundizó en su

afán por descubrir las semillas del Reino, las semillas del bien, que muchas veces pasaban inadvertidas, mezcladas entre tanto pecado. Por eso sabía admirarse de esos pequeños gestos de amor que a veces entregamos sin darnos cuenta. Le gustaba conversar con todos, jóvenes, niños y adultos, y rescataba de cada uno esos frutos del Espíritu que se viven inconscientemente. Ya cerca de su muerte, conoció al “Pollito”.

El “Pollito” era un niño de una de las tantas poblaciones de la Zona. Para Navidad le regalaron una caja con muchos juguetes y él los repartió entre varios amigos. Don Enrique visitó la Comunidad y conoció al niño. Le contaron lo que había hecho y, poniéndole la mano en la cabeza, dijo: “Esta es la semilla del hombre nuevo”. Poco tiempo después, el “Pollito” preguntó por qué la gente estaba triste y le contaron que el obispo había muerto. Él replicó: “¡Ah!, el que me quería”.

Asimismo, Monseñor Alvear fue encontrando esas semillas del hombre nuevo en grupos y organizaciones que, sin confesarse cristianas, hacían lo posible por mejorar la vida de los pobres y por defender sus derechos. En los capítulos siguientes lo veremos colaborar con esas organizaciones, ayudando al crecimiento de todo lo que era bueno.

La opción por los pobres

“Yo te canto amigo, hermano, el Obispo de los pobres, por tu vida entregada. Yo te canto, amigo, hermano, el Obispo de los pobres, en este día...”. Es la canción que se cantaba el día de su Pascua. En ella se resumía lo que fue su vida y misión. Era un título merecido: “el Obispo de los pobres”.

Cuando se recorre la Zona Oeste de Santiago, de norte a sur y de oriente a poniente, entre los 800.000 habitantes que aproximadamente viven en ella, hay más de la mitad que lo hacen en condiciones bastante deplorables. Casetas de madera, muchas sin agua ni alcantarillado: construcciones ligeras por donde se cuele el viento helado del invierno. La humedad y el polvo, además, de la falta de las condiciones higiénicas indispensables, son las características de esa vasta zona de Santiago.

Si toda su vida don Enrique tuvo una especial vocación para evangelizar en el mundo de los pobres, su llegada a la Diócesis de Santiago le hizo profundizar esa vocación como parte de una Iglesia que bajo el pastoreo del cardenal Silva Henríquez se jugó esos años por los más desposeídos.

Ya hemos dicho que cuanto más pobre y débil era la persona, más ventaja tenía sobre los demás, para ser atendida y privilegiada por el Obispo.

Al llegar a la Zona, se encontró con el pobre como grupo social. No eran ya ni uno ni dos lo que no tenían trabajo o que pedían pan. Eran cientos, eran miles, los que no tenían lo indispensable, fruto de una explotación de siglos; desechos de las clases dominantes, que estaban obligados a sobrevivir en ínfimas condiciones. Empezó don Enrique a sumergirse en su mundo, a ver las cosas desde ellos. Las palabras de Jesús: “Tuve hambre y no me diste de comer...” las empezó a leer distinto: ya no se imaginaba a un hombre pidiéndole pan a otro hombre, sino que empezó a sentir que un pueblo oprimido y explotado gritaba al resto del país, al resto del mundo: “¡tengo hambre!; ¡quiero vivir en condiciones humanas!” Así, nos interpelaba a todos a escuchar ese grito de los pobres como el mismo grito de Cristo. La compenetración con Él hacía que lo pudiera descubrir en esos rostros humanos sufrientes.

Por eso, decía: “He descubierto en los ojos de los pobres reflejada la mirada de Cristo en la Cruz”. “Tengamos los mismos sentimientos que tuvo Cristo en la Cruz, sintamos a Cristo Jesús que ve el mundo como lo ven hoy los pobres de Chile, los pobres que nos rodean. Solidaricemos con nuestro pueblo, como Cristo Jesús, que no solo denunció, sino que sufrió la muerte asumiendo toda la realidad destructiva de este pueblo. Tengamos los mismos sentimientos de Dios para solidarizar con ese pueblo de una manera amplia, con todas sus expectativas, con todas sus ilusiones de liberación, porque en el pobre y en los pobres está presente el dolor de Dios”.⁴

A raíz de este encuentro con el mundo de los pobres –y basándose en Puebla–, don Enrique fue elaborando el sentido pastoral de lo que llamamos la opción por los pobres, explicando lo que significaba para cada grupo de la sociedad.

a) *Para la Iglesia entera, en especial para sus sectores más acomodados*: “El compromiso de dejarse interpelar constantemente por los pobres, ya que, a través de ellos, el Señor la llama a conversión (Puebla 1147)”. Y Monseñor Alvear añadía: “¿Cuál es tu compromiso con los pobres, obreros, pobladores, campesinos y los empobrecidos, pertenezcan o no a la Iglesia? Si posees bienes, ¿cumples con su función social en beneficio de los más desposeídos?; ¿luchas por una sociedad en la que no haya marginados ni oprimidos? Conversión es, también, dejar de vivir el espíritu de una sociedad consumista y vivir en el espíritu de las Bienaventuranzas (la pobreza espiritual) que haga posible una justa distribución de los bienes de la sociedad”⁵

³ Enrique Alvear, Obispo de los Pobres. Primera Semana Teológica. Ed. Fundación Obispo Enrique Alvear, Santiago, 1984, Pág. 43.

⁴ El Señor Me envió..., *ibid.*, Pág. 254

b) Para los pobres: “La opción por los pobres significa para los pobres abrirse al Padre que los ama y privilegia, con gratitud, y expresar su conversión en el compromiso solidario con sus hermanos. Significa también hacer suya la pobreza espiritual de modo que ahora y más tarde, si logran mejorar su condición económica, mantengan la vigencia evangélica de la pobreza espiritual en el uso de los bienes. Significa, asimismo, que los pobres sepan compartir y anunciar su fe en Jesús a los otros grupos sociales, tal como ocurrió en los comienzos del cristianismo”⁶

Todas estas cosas las testimoniaba continuamente con su vida. Trabajaba con pobres y ricos, pero a todos les hacía cobrar conciencia de la importancia de luchar por la liberación integral. Recibía muchos donativos de gente acomodada, que sabían que el dinero iba a llegar a los más pobres, no paternalistamente, sino impulsando su organización. Siempre ingresaba el dinero en el economato de la Vicaría y así servía para los distintos proyectos de solidaridad que en ella hubiera.

Este interés y opción por las clases más desposeídas se hicieron tan connaturales en él, que ya no hubo ningún tipo de pobreza que le fuera extraña. No había mal que aquejara a la sociedad chilena sobre la que don Enrique no dijera una palabra o hiciera un gesto.

Sabía que evangelizar a los pobres era decirles una palabra liberadora en nombre de Jesús; era decirles, con el gesto, que Dios los quería; era provocar la solidaridad entre ellos, y de toda la Iglesia con ellos.

Cuando murió, eran pobres los que lloraban; manos de pobres las que se estrechaban, corazones de pobres los que rezaban. Estaban enterrando a un pobre, seguros de que el Señor de la Vida lo iba a recibir diciendo: “Ven, bendito de mi Padre, porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed...” (Mt. 25,31).

Con los sin casa, con los comedores infantiles, con los cesantes, con las organizaciones populares

Don Enrique no era un Pastor de una Iglesia encerrada; no era un Obispo que solo cuidara las ovejas del redil. Si Dios se preocupaba de todos sus hijos e hijas sin distinción de raza o religión, él, como Obispo de la Zona Oeste, también se tenía que preocupar de toda la Zona y no solo de las personas que participaban en comunidades. Todos los que acudían a buscar su apoyo o consejo eran bien recibidos, escuchados, tenidos en cuenta y ayudados. Las asistentes sociales trataban de que no llegaran a

⁶ El Señor Me Envió..., *Ibíd.*, pág. 255

él todos los problemas, sino resolverlos ellas antes. Pero era inútil, ¡querían ver a don Enrique, porque era su amigo!

Lo mismo ocurrió con las organizaciones que fueron surgiendo para responder a necesidades que tenían distintos grupos de personas. En la Zona y en todo Santiago se formaron comedores infantiles, bolsas de cesantes, comités sin casa. Don Enrique entendió la necesidad de estas organizaciones y la importancia que revestían para la sociedad chilena tan atomizada.

Fue así como se comenzó a hablar de que en Chile urgía rehacer el tejido social tan deshecho y maltratado por la represión. En las poblaciones comenzaba a renacer la esperanza en la medida que se unían unos con otros para buscar solución a sus problemas. Se creó como una red de solidaridad mutua que devolvió la sonrisa a los rostros. El comedor de los niños no era solamente la posibilidad de comer, sino de trabajar juntos, los pobres, en la búsqueda de recursos, cocinando alimentos y celebrando las fiestas. Las bolsas de cesantes no eran solamente refugios donde se buscaba como ganar algo para la subsistencia, sino que se analizaban las causas de su falta de trabajo, se interpretaban los hechos y se recuperaba la autoimagen, tan agredida por la obligada cesantía.

Los Comités sin Casa trataban de forzar las leyes para exigir el derecho a vivienda que tenían. Ahí podían entender los recursos que tiene un país y cuánto dedican a los sectores más desposeídos. Se hicieron tomas de terreno que no dejaron de ser simbólicas, porque eran expulsados inmediatamente por las fuerzas de seguridad.

Don Enrique acompañó, alentó e impulsó a muchísimas personas que creían en la fuerza de la unión y sabían dejar su individualismo para luchar con otros.

No era muy fácil participar en estas organizaciones porque levantaban sospechas de ser políticas y subversivas. Por eso necesitaban más del alero y protección de la Iglesia, la que les facilitó incluso asesoría técnica y moral cuando ellas lo requerían.

Muchas Comunidades Cristianas entraban en conflicto porque no entendían por qué ellas tenían que apoyar y proteger esas organizaciones. No faltó la Carta Pastoral de don Enrique, reflexionando y explicando el sentido que tenían:

“Debemos reconocer, primeramente, que aumentarán en lo sucesivo las iniciativas en bien del pueblo desde diversos sectores no eclesiales.

“Eso nos exige un ministerio profético: discernir las llamadas de Dios con la luz del Evangelio, en espíritu de oración y en la comunidad eclesial. El Papa y Puebla nos iluminan sobre la dignidad del hombre y su liberación integral, tal como nos lo revela Jesucristo. Esto significa para nosotros un compromiso claramente evangélico para tomar iniciativas o asumir las de otros siempre en la línea de nuestra identidad cristiana.

“Es necesario conversar sobre este tema en las Comunidades Cristianas para comprender mejor este servicio evangelizador y para que apoyen y participen en el diálogo con las Bolsas y otras organizaciones.

“El ideal es que los miembros de las Comunidades puedan participar en esas organizaciones.

“No podemos contentarnos con una Pastoral puramente defensiva, a veces llena de temores.

“La Pastoral de la Iglesia, si interpreta correctamente los signos y voces de nuestro tiempo, irá descubriendo, día a día, el paso liberador de Jesucristo Resucitado entre los hombres, para ir haciendo con Él y con todos los hombres de buena voluntad, *la única historia* que Él encamina a la liberación integral del hombre, en la plena comunión con Dios y con todos los hombres.”⁷

Con esta profundidad y sencillez integraba don Enrique los acontecimientos humanos en la única misión de la Iglesia: construir el Reino de Dios desde ahora y aquí.

Don Enrique y los familiares de los detenidos-desaparecidos. Lonquén.

Para los que siguieron la historia de Chile en la década del '70, para los que la siguieron desde el reverso de la historia, no desde los comunicados oficiales del Gobierno, el tema de los detenidos-desaparecidos es de los hechos más espeluznantes que ha vivido este pueblo.

En los años que siguieron al golpe de estado del '73 fueron muchas las personas perseguidas, arrestadas y asesinadas por la policía secreta, llamada DINA, por el solo motivo de pensar distinto del Gobierno que se impuso por la fuerza o porque fueron dirigentes políticos en los anteriores regímenes.

⁷ Circular sobre la relación de la Iglesia con Organizaciones no eclesiales que solicitan su apoyo o participación” en “El Señor Me Envió..., *Ibíd.*, págs. 245-246.

Los interrogatorios bajo tortura, la cárcel o el exilio eran las penas habituales que se infligían a los disidentes.

Cuando iban a una casa a buscar a una determinada persona, lo hacían con prepotencia, golpes y el consabido registro de todas sus pertenencias. Muchos fueron sacados semidesnudos o descalzos, dejando atrás el llanto y la impotencia de los familiares. Después, éstos tenían que averiguar de sus paraderos, labor muy ingrata por la cantidad de negativas que siempre recibían. Se buscaba en los hospitales y también en la morgue. En este peregrinar angustioso, a veces se lograba saber el lugar de arresto: otros eran encontrados sin vida, algunos eran deportados a campos de concentración como Pisagua o Chacabuco. Pero fueron muchos, miles, de los que nunca más se supo; nunca se supo si estaban vivos o muertos, simplemente se negaba su detención, a pesar de haber sido hecha ante testigos que la denunciaron.

Estas personas fueron llamadas “Detenidos-Desaparecidos” y sus familiares se organizaron para buscarlos conjuntamente. Ha sido la organización que en forma más constante y más pacífica no ha dejado de preguntarle al Gobierno ¿dónde están...?, y al igual que las Madres de la Paza de Mayo, en Argentina, en Chile han golpeado todas las puertas, han denunciado, han viajado para conseguir saber el paradero de sus familiares: con la foto prendida del vestido, atadas con cadenas a los Tribunales o desfilando por las calles principales, siguen preguntando a todo Chile: ¿dónde están...? Ayúdenos a encontrarlos. Siempre han tenido el silencio por respuesta.

Don Enrique vivió esta historia al igual que nosotros, pero su sensibilidad de Pastor, sus sentimientos de compasión y su misericordia, su gran conciencia de que Dios es el Dios de la vida y que no podía estar conforme con esta aberración cometida de hacer desaparecer seres humanos, solidarizó con la causa de los familiares de los detenidos-desaparecidos, porque la consideró la causa misma de Jesucristo, que decía: “Estaba desaparecido y me buscaste”.

Es así como ya en el año '75 lo vemos en una liturgia en Lourdes, que se celebró justamente para rogar a Dios para que la verdad imperase y los responsables dieran cuenta de las vidas que se buscaban. En una parte de su homilía decía así:

“Hermanos: esta reunión, tan hermosa, nos muestra que realmente está Jesucristo caminando con nosotros. Jesucristo está en la Iglesia. Jesucristo vive en la Iglesia. ¿Y qué es lo que dice Cristo a la Iglesia? ‘Iglesia mía, quiero que Tú muestres mi rostro, que muestres Mi preocupación por el Hombre’. Y ésta es la Iglesia aquí reunida.

¡Jesucristo está con nosotros! Él viene a decirnos: ‘No estés triste, yo camino contigo; yo caminé la Cruz contigo primero, para poder decirte: yo conozco lo que es la Cruz; yo conozco lo que es la soledad; yo conozco lo que es llamar y no ser escuchado por nadie; yo conozco lo que tú no conoces, cuando yo en la Cruz tuve que decirle a mi Padre del cielo: ‘Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Nadie ha experimentado la soledad que yo experimenté para comprenderlos a ustedes; para poder caminar siempre con ustedes.’”⁸

Cada vez que los familiares hacían algún acto, gesto de búsqueda o de denuncia; él los apoyaba con una carta, una liturgia o los acompañaba personalmente.

En el año ’78 fue la gran huelga de hambre, que duró diecisiete días, en la Parroquia Jesús Obrero y Lourdes.

Algunos sacerdotes y religiosas acompañaban a los familiares. La huelga fue declarada indefinida hasta que las autoridades dieran cuenta del paradero de los detenidos-desaparecidos. Don Enrique, primero, se desconcertó por la presencia de eclesiásticos en la huelga; después, dialogó, rezó y lo entendió, pero nunca dudó de que la causa era justa y de que el medio elegido era no violento. Cuando el ayuno terminó, proclamaba en su homilía.

“...La Iglesia, con sus Pastores y Comunidades, debe estar muy atenta ‘a los acontecimientos, exigencias y deseos’ de los hombres, en cuyos acontecimientos participa juntamente con ellos. Allí debe discernir o descubrir los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios (G.S. N° 11).

“De esta manera, hemos estado atentos al sufrimiento de nuestros hermanos, los familiares de los detenidos-desaparecidos.

“Pastores y comunidades hemos captado en ellos, a través de todos los acontecimientos, un llamado del Señor para apoyar la justicia de su causa.

“Así entramos en la historia que guía Jesucristo, denunciando la antihistoria y comprometiéndonos con la identidad de Iglesia en la causa de la justicia.

“¿Cuáles son nuestras armas? El Apóstol Pablo responde a esta pregunta cuando escribe a los cristianos de Éfeso: “Tomad las armas de Dios, para

⁸ “Acto Litúrgico de Oración por los Detenidos-Desaparecidos”. En **El Señor Me Envió...**, Ibíd., pág. 194.

que podáis resistir en el día malo, y después de haber vencido todo, manteneos firmes’.

“El compromiso de la Iglesia con la causa de los desaparecidos no pretende atacar ni cambiar gobiernos o emplear medios de por sí agresivos.

“Con la fuerza de su testimonio de amor, con la confianza en el Dios de Jesucristo, expresado en vigiliias de ayuno y oración, con sus claras denuncias y, sobretodo, con el arma poderosa de la Palabra de Dios, quiere golpear la conciencia de quienes dañan con su injusticia para que respeten y reconozcan los derechos de los pobres y de los desamparados.

“Éste es nuestro compromiso de Iglesia. Estamos aquí para renovarlo”⁹

Desarrolló todo un discurso en base a su sentido de que no hay dos historias, una sagrada y otra profana, sino una sola que Dios empuja. Lo veremos más adelante.

El punto culminante de la participación de don Enrique en la búsqueda de los detenidos-desaparecidos fue Lonquén.

A pesar de que la huelga de hambre no tuvo un fruto próximo en la respuesta de las autoridades, Dios se encargó de que tanto sacrificio no fuera hecho en vano. Fue así como alguien le comunicó a un sacerdote que había cuerpos enterrados en una mina abandonada cerca de Lonquén. El Cardenal Raúl Silva Henríquez constituyó una comisión compuesta por don Enrique, por dos abogados de la Vicaría de la Solidaridad y dos periodistas para ir a confirmar la noticia. Enseguida, asaltó la sospecha y casi la convicción de que los cuerpos pertenecían a algunos detenidos-desaparecidos.

Fueron a Lonquén provistos de palas, picotas y chuzos y ellos mismos se pusieron a excavar hasta que se confirmó la denuncia: encontraron restos humanos, cráneos, ropa, huesos. El siguiente fue el testimonio de Máximo Pacheco, uno de los abogados que iban con don Enrique:

“... Subimos por la ladera del cerro y desde allí nos introdujimos a la parte superior del primer horno, que tenía una capa de tierra consolidada, una costra de cemento y piedras superpuestas. Con la ayuda de palas, picotas y chuzos, que habíamos traído especialmente, en consideración a la denuncia formulada, cavamos y, luego de romper alrededor de cincuenta centímetros, en una parte contigua al muro, decidimos poner término a la faena, porque no encontramos nada y la atmósfera se hacía muy pesada.

⁹ Homilía a finalizar la huelga de hambre de los familiares de detenidos-desaparecidos (Lourdes, 17 de junio de 1978). En *El Señor Me Envió...*, *Ibíd.*, págs. 206-207.

“Luego descendimos por la misma ladera y procedimos a cavar, en la parte inferior del segundo horno, donde estaba ubicada su boca, y allí pudimos comprobar la existencia de restos humanos: un cráneo que tenía adherido un trozo de cuero cabelludo, liso y de color negro; un hueso, aparentemente un fémur; trozos de telas y piedras impregnadas de una materia aceitosa, algunas de las cuales tenían adheridas materia orgánica y cabellos humanos. La tierra extraída por nosotros era de color negro y el horno despedía emanaciones de mal olor.

“Continuamos cavando y logramos abrir un forado, que conducía a un vestíbulo de ladrillo o de otro material, a través del cual miramos al interior del horno, iluminados con una antorcha que fabricamos con papel de diario; y, semiarrodillados, pudimos comprobar, cada uno, que allí había un hacinamiento de huesos entrelazados y un cuerpo humano cubierto de una tela muy oscura, cuyo deslizamiento era impedido, al parecer, por un estrechamiento del interior del horno en su parte interior.

“Los presentes quedamos muy impresionados por este macabro hallazgo, al punto que debí apartarme a buscar refugio debajo de uno de los pocos árboles que existían en el lugar, para sobreponerme.

“Allí me encontré con Monseñor Enrique Alvear, cansado, pálido, con un pañuelo sobre la cabeza. Es ésta –le dije- una de las impresiones más grandes que he tenido en mi vida; estoy a punto de desmayarme. Monseñor me contestó: ‘Yo estoy igual que usted. Nunca me imaginé que iba a ser testigo de un hecho tan horrible; de un desprecio tan grande por la dignidad del ser humano. A pesar de lo mal que nos sentimos los dos, le propongo –me dijo- que recemos a Dios por el descanso eterno del alma de estos hombres, cuya identidad aún no conocemos y roguemos, también, por sus victimarios’. Al término del Padrenuestro ambos estábamos llorando...”¹⁰

Después se sucedieron liturgias y ayunos para suplicar a Dios que se aclarase la verdad de los hechos. En efecto, los Tribunales aclararon que los cuerpos pertenecían a quince personas detenidas por las fuerzas de seguridad el 15 de septiembre de 1973 en Isla de Maipo; también se aclaró el nombre de los culpables, pero se les dio la amnistía, con lo cual se justificaba lo que hicieron.

Este episodio le trajo muchos sinsabores y conflictos a don Enrique, pero siguió adelante con la audacia que le daba la convicción de que Dios

¹⁰ **Enrique Alvear y la Opción por los Pobres.** Segunda Semana Teológica. Ed. Paulinas, Santiago, 1985, págs. 45-46.

defiende la vida de los pobres y que nosotros somos instrumentos para que el mundo entienda esta gran verdad.

El conflicto

La preocupación por la solidaridad, el interés por los que más sufrían la pobreza, el hambre o la represión, la cercanía de los más solos y abandonados de la sociedad, atrajo hacia don Enrique a aquéllos que tenían una preocupación semejante, y alejaba a los que pensaban distinto; alejaba a los que quieren convencernos de que es necesario que haya pobres para mantener el equilibrio económico; a los que sostienen que los pobres lo son porque son flojos; a los que ponen el orden por encima de la libertad; a los que llaman paz al orden impuesto y seguridad a la represión.

Le confesaba a un amigo: “Yo, por carácter, soy un hombre de paz; no me gustan los conflictos, pero me siento tironeado entre mi natural carácter pacífico y mi fidelidad al Señor que me dice que como Pastor yo tengo que estar junto a las ovejas que están en mayor peligro”¹¹

Lo empezaron a mirar mal los poderosos, los que controlaban los medios de comunicación; los gobernantes que sentían que tenía más fuerza la debilidad de un Obispo, que ellos con el poder de las armas y el dinero.

Así fue como don Enrique fue víctima de campañas de desprestigio, en los diarios, la radio o la televisión. Aun después de su muerte se habló mal de él en un matutino de la capital. Y no solo fue atacado de palabra, sino también con los hechos. Fue tomado preso en Riobamba (Ecuador) cuando participaba en una reunión de obispos latinoamericanos. El Gobierno ecuatoriano decidió que era una reunión subversiva y se los llevó a un lugar de detención donde estuvieron unas cuantas horas. La noticia se divulgó ampliamente por los medios de comunicación en Chile. Cuando los obispos chilenos aterrizaron en Pudahuel, se había concentrado un grupo de gente que se encargó de insultarlos, incluso de apedrearlos. El auto de don Enrique resultó con el parabrisas roto a consecuencia de una pedrada. Las posteriores pesquisas que se hicieron dieron como resultado que entre los instigadores había miembros de los organismos de seguridad del Gobierno. También hubo grupo de cristianos que fueron a recibir a sus obispos y muchos de ellos resultaron también apaleados o presos.

Los días Primero de Mayo, fiesta de los trabajadores, siempre hacían temer que le pudiera pasar algo, ya que no se quedaba en su casa, sino que acudía a alguno de los sindicatos a participar de la celebración. En el año

¹¹ Homilía del Padre Ignacio Gutiérrez, 1º de mayo de 1982

1976 le pidieron que llevara un remedio a una casa cuyos moradores estaban detenidos por la policía en su mismo domicilio. Cuando llegó, él también fue arrestado durante varias horas. Al ser puesto en libertad, le siguieron y registraron su coche. En estas ocasiones sentía miedo, pero no perdía su sentido del humor.

Entre los sacerdotes, religiosas e incluso obispos, había también quienes no lo entendían o tildaban de político o de ingenuo. Quizás éste fue el motivo de mayor sufrimiento. Su actitud fue siempre de aproximación, fraternidad, diálogo y revisión de sus posturas. Jamás fue pedante ni se jactaba de tener él la verdad. Eso sí era firme en declarar las implicancias que tenía para él la opción por los pobres, y lo hacía con tal profundidad evangélica que convencía a todos de la rectitud de sus intenciones y de la claridad, sin ingenuidades, que guiaba sus acciones.

Frente a todo esto, don Enrique rezaba, reflexionaba y miraba la vida de Jesús. Llego a la conclusión de que no podía haber verdadera evangelización sin que se originara conflicto. Escribió un documento sobre este tema, donde citaba las palabras de Puebla:

“... El conflicto entre el poder y el pueblo se traspasa a la Iglesia cuando ésta denuncia proféticamente las injusticias. Esta denuncia y sus compromisos concretos con el pobre le han traído en no pocos casos persecuciones y vejaciones de diversa índole” (Puebla 1138).

Y seguía el Obispo:

“Todo esto lo experimentamos frecuentemente en nuestra patria, en las relaciones de la Iglesia con el poder político y con los poderes económicos... La acción de la Iglesia chilena en el servicio fraterno de los pobres y oprimidos, ha provocado campañas oficiales y semioficiales de desprestigio, de hostilización y de rechazo a la Iglesia...”

“Nos hace falta reflexionar sobre estos hechos e interpretarlos desde la palabra de Jesucristo y su praxis profética. Desde allí debemos dejarnos interpelar por el Señor para cumplir nuestra misión profética con mayor transparencia de corazón, con mayor humildad y también con mayor fortaleza, lucidez y esperanza.

“De esta manera, esperamos, el conflicto nos ayudará a clarificar nuestra identidad de Iglesia para que nuestra evangelización llegue más a fondo en la búsqueda de la transformación y conversión de hombres y estructuras”¹²

¹² “Evangelización Liberadora y Conflicto”. En **El Señor Me Envió...** *Ibíd.*, pág. 52.

El final

Cuando menos se esperaba, estando el obispo en la plenitud de su ministerio en la Zona Oeste, al final del verano del '82 cayó enfermo.

Primero tenía fiebre, pero la pasaba en pie. A principios de marzo se puso en manos de médicos: consultas, exámenes y hospitalización. Rápidamente supimos que nuestro Pastor estaba grave.

La Iglesia de toda la zona se volcó a rezar. Una señora gemía: “Señor, si ya tienes tantos Santos en el cielo déjanos uno en la Tierra”.

Don Enrique mandó varios mensajes desde su lecho, en los cuales siempre destacó el ofrecimiento de su oración y sufrimientos por la Iglesia, la unión de sus padecimientos a los de Cristo y un inmenso agradecimiento a Dios que le hacía sentir su cariño.

Un momento importante de su enfermedad fue el sacramento de la unción de los enfermos, que recibió con gran espíritu filial.

En esos mismos días en que su vida acababa, pudimos celebrar su ministerio entre nosotros: el 21 de abril celebraba los diecinueve años de su ordenación episcopal y dio vuelta por todo Santiago un afiche con su lema episcopal “*El Señor me envió a evangelizar a los pobres*”, o bien, “*He aprendido de la zona, de los pobres, a ser Pastor*”.

Su muerte no desmintió su vida, sino que la confirmó. En ella se reveló una vez más como hijo confiado del Padre y solidario con la Iglesia y sus hermanos más pobres.

Moró el 29 de abril de 1982 a los sesenta y seis años, afectado de una metástasis en la médula de los huesos.

Inmediatamente se formó la Fundación Obispo Enrique Alvear, que se dedica a recoger sus escritos y propagar su mensaje. En el día que sea posible, introducirá también la causa de beatificación de nuestro recordado Pastor.